

Cap. I.02

II Elecciones generales. 1979

El cénit reformista

Con el liderazgo político del centro representado por la UCD, seguido de cerca por la izquierda moderada del PSOE, y ya a más distancia, el comunismo de Carrillo, la derecha de Fraga, y los nacionalistas, el país se enfrentaba, en poco más de dos años, al reto de redactar una constitución y afrontar unas nuevas elecciones.

La reorganización de los partidos.

Tras el éxito electoral de 1977, la UCD tuvo que hacer frente a los serios problemas derivados de gobernar un país en una situación sociopolítica peliaguda, entre los que destacaba el terrorismo, la crisis económica, el aislamiento internacional y las tensiones autonómicas de Cataluña y el País Vasco, además de la urgencia por redactar la Constitución aceptada por todos, o al menos por la inmensa mayoría de partidos.

Otra contrariedad potencialmente más grave, aunque desde luego no tan explícita, provenía del propio seno de la UCD, pues debido a la debilidad de la coalición por la amalgama de ideologías que la habían conformado, en sólo unos meses comenzó una lenta pero imparable cadena de infidelidades empezando por la dimisión de varios ministros, la disgregación del grupo socialdemócrata de Lasuén, el abandono del PDP de Osorio, la fuga de Aizpún para fundar UPN,

así como la salida de otros destacados dirigentes catalanes para formar la coalición *Centristes de Catalunya*.

Estaba claro que la mezcla de socialdemócratas, democristianos, conservadores, liberales, y otras ideologías menores no funcionaba. Todos ellos habían configurado una pirámide de poder de excesiva base ideológica y política en cuya cúspide Adolfo Suárez, exsecretario general del Movimiento reconvertido a aperturista, posteriormente reformista y ahora abanderado de la monarquía parlamentaria, intentaba que cristalizara todo ello en un solo proyecto eminentemente utilitario. Una empresa hartamente difícil.

Años más tarde el que fuera secretario general de UCD en Baleares y diputado nacional Miquel Durán, afirmaba (en entrevista a *Memoria Viva*) “Suárez quería que en un solo partido cupiera todo el espectro ideológico del parlamento alemán”. Una manera elegante de definir lo que se acabó convirtiendo en una verdadera jaula de grillos que a la postre reventó.

En Baleares se repitió casi milimétricamente el esquema de división entre familias centristas, aunque el que había resultado sorprendente candidato al Senado, Jerónimo Albertí, que por ocupar el primer lugar de la lista electoral (por el azar del orden alfabético), resultó el más votado, se convirtió rápidamente en presidente insular de su partido y pudo, ayudado por el enorme poder del 51% de los votos, mantener la cohabitación durante más tiempo.

En Alianza Popular la resaca electoral de 1977 fue amarga por los escasos resultados. Sin embargo pronto empezaron a recibir escindidos de la UCD, lo que llevó a que en su segundo congreso de enero de 1978, en que salió presidente Félix Pastor y Fraga secretario general, se vanagloriasen de que tarde o temprano constituirían el relevo natural del partido centrista. Animados por estas disidencias, comenzaron un nuevo proceso de reunificación que exigió la disolución de todos los partidos que integraban la coalición, y la suma de otros nuevos como la ADE de Federico Silva, la Acción Ciudadana Liberal de Areilza,

el Partido Demócrata Popular, o el Partido Liberal de Ibiza y Formentera de Abel Matutes, formándose así una nueva alianza electoral que se presentó a las elecciones de 1979 bajo el nombre de Coalición Democrática.

Para encabezar este proyecto en Baleares, el líder de facto de AP, Abel Matutes, fichó a un abogado palmesano de rancio abolengo derechista, que tras presentarlo a Manuel Fraga, éste le dio su plácet para que liderase la formación conservadora a nivel regional. Se llamaba, y se llama, Gabriel Cañellas. Sus inicios políticos fueron más bien desastrosos al presentarse a las elecciones locales de Palma de abril de 1979 sin obtener acta, pero rápidamente aprendió la lección y, bajo la batuta de Fraga, se dedicó a organizar la coalición más que a jugar su baza de candidato, dejando este papel a otros.

En el PSOE, la reorganización tuvo un componente más ideológico que formal. Conscientes del pragmatismo que exigía ser una alternativa al gobierno, quedó cuestionado desde el primer momento su posicionamiento marxista, a la vez que quedaba patente la necesidad de aglutinar bajo unas mismas siglas al espectro socialista menos extremo. Bajo estas premisas, en el 28º Congreso celebrado en mayo de 1979 Felipe González fue reelegido secretario general prácticamente por unanimidad, aceptándose con escasas resistencias ambas tesis.

En las Islas, la petición pública y formal de unidad de todo el socialismo tuvo lugar en ocasión del I Congreso de la Federación Socialista Balear. Consiguió integrar en pleno el PSP, encabezado por Joan March, pero no así el PSI, del que sólo pudo obtener a algunos dirigentes destacados como Celestí Alomar, Antonio Tarabini o el sindicalista de USO Francesc Obrador. De esta manera el Partido Socialista se reforzaba y ganaba unidad en la izquierda, pero también es cierto que con estas incorporaciones se abría una brecha ideológica entre el sector más oficialista y centralista, liderado por el entonces diputado Félix Pons, y un creciente sector más autonomista liderado por el propio presidente del partido, Josep Moll, reforzado por el recién llegado Joan March y por los

incorporados del PSI. El enfrentamiento fue a más, hasta que el partido quedó controlado por este segundo grupo, enfrentamiento que iba a ser ya una constante y marca de la casa en la historia del socialismo isleño.

En paralelo a todo esto, el PSI, presentado a las anteriores elecciones en la coalición *Unitat Socialista*, había comenzado a gestar un proceso de muda hacia una mayor apuesta nacionalista. El relativo éxito electoral del nacionalismo catalán, cuyos siete partidos agrupados en tres coaliciones habían conseguido nada más y nada menos que 14 diputados nacionales, inspiró al PSI hasta tal punto que muchos de sus dirigentes se refirieran a sí mismo como nacionalistas y no tanto como izquierdistas (o progresistas, que era la nueva etiqueta que iba cuajando entre la socialdemocracia). Esta dualidad entre nacionalismo e izquierdismo empezó a provocar crecientes tensiones que llevaron – en otoño de de 1977 -, a que muchos militantes de la segunda facción abandonaran el proyecto y se incorporaran al PSOE. A partir de ese momento la formación procedió a la refundación de siglas y hasta cierto punto de ideología convirtiéndose en diciembre de 1977 en los dos actuales PSM (*Partit Socialista de Mallorca* y *Partit Socialista de Menorca*, éste último con la incorporación del *Moviment Socialista de Menorca* y del *Moviment Federalista*).

Una vez creada la nueva formación, ambos PSM acordaron formalizar un hermanamiento que durará hasta hoy mismo, y así, juntos, hacer frente a la presión constante del PSOE para engullirlos. En el congreso que celebró el PSM en diciembre de 1978 se le unieron el Colectivo Socialista y Nacionalista y algunos dirigentes de la Organización de Izquierda Comunista (OIC) como Miguel López Crespí, saliendo de dicho congreso una junta formada, entre otros, por Eberhard Grosske, Sebastián Serra y el propio Crespí. El partido se reafirmó ideológicamente como partido nacionalista, amén de progresista y, incipientemente, ecologista, por lo que la opción de converger con el PSOE se evaporaba. Las elecciones generales las afrontaron colocando candidato al historiador menorquín Andreu Murillo, con la mirada no obstante puesta en las

locales y preautonómicas –convocadas para un mes después-, que era donde realmente necesitaban obtener un buen resultado.

En el Partido Comunista, el fracaso electoral en Baleares en las elecciones de 1977 se cobró la renuncia inmediata de su veterana líder, Francisca Bosch. La sustituyó Josep Valero, el cual fue reafirmado en el cargo por los militantes en la IV Conferencia del PCE, celebrada en Palma en abril del mismo año. Asimismo se cambió el nombre –la primera de no pocas veces en futuros años- y pasó a ser Partido Comunista de las Islas Baleares (PCIB). Era una manera de no quedarse atrás en la ola autonomista que invadía todos los partidos, además de por haber constatado que el comunismo extremo y el victimismo de la clandestinidad no le habían reportado réditos electorales significativos.

Ante la evidencia de los escasos apoyos, el resto de formaciones empezaron a languidecer. La *Unió Autonomista* desapareció víctima de las deudas y de la huida de su líder, Josep Melià, a Madrid, quien, tras un periodo de reflexión, aceptó la oferta de su amigo Adolfo Suárez para ser director general de Relaciones Informativas del Gobierno y esperar a mejores momentos para volver a la política isleña. Había fracasado pues el único intento por articular un partido de centro derecha con tintes nacionalistas, y no es que no existiera el nicho sociológico para su desarrollo, pero la fuga de este sentimiento hacia la UCD era por aquel entonces mucho más segura en términos de éxito electoral. De igual manera, la Unión Democrática de las Islas Baleares terminó desapareciendo, no sin que sus líderes pasaran unos a la UCD y otros a Alianza Popular.

La preautonomía

Todos estos acontecimientos se vieron fuertemente influidos no sólo por la cercanía de unas nuevas elecciones generales, sino por el intensísimo debate sobre la nueva Constitución y la definición del autogobierno regional. El 11 de septiembre de 1977 se había celebrado en Cataluña la llamada *Diada* en la que se reivindicó la autonomía para la región por parte de –según la prensa de

Barcelona - un millón de catalanes. En Baleares, la clase política a la izquierda del PSOE así como la nacionalista, siempre mimética a la catalana, empezó a organizar algo semejante, y la UCD y los socialistas, que no querían dejar la bandera autonomista únicamente a la izquierda nacionalista, rápidamente se apuntaron a la reivindicación. Así el 29 de octubre de 1977 se celebraba una manifestación en Palma, con miles de asistentes, bajo el lema “por la autonomía”, cuya cabecera de marcha estaba protagonizada por todos los políticos isleños menos los de AP.

Jeroni Albertí, que presidía ya entonces la Asamblea de Parlamentarios (ente formado por todos los diputados y senadores electos por Baleares para supuestamente negociar el futuro anteproyecto de autonomía), declaraba la víspera de la manifestación al *Diario de Mallorca*: “la mayor responsabilidad de mi vida es hacer el Estatuto que Baleares necesita”. La declaración no era sólo una muestra de la deriva autonomista de políticos que no representaban a una mayoría que pensara así, si no de cómo quien lo decía estaba escalando posiciones políticas a velocidad de vértigo, adaptándose a cualquier necesidad de aparentar ideología.

En este ambiente menudearon discusiones políticas sobre la forma que debían adoptar las futuras instituciones preautonómicas, las competencias que debían asumir, la representatividad de cada isla, el papel de los partidos extraparlamentarios, el uso de la lengua, la subsidiariedad o el papel que en todo este proceso debía asumir la Diputación Provincial. Al final, en Junio de 1978, el Consejo de Ministros aprobaba el Decreto Ley de régimen preautonómico para el Archipiélago Balear –al igual que para otras regiones -, fundiendo la Asamblea de Parlamentarios en el *Consell General Interinsular* (CGI) como primer ente de gobierno preautonómico para el que fue nombrado presidente el propio Jeroni Albertí. Así, este empresario se había convertido, en menos de dos años, en la cabeza visible de la UCD en Baleares, primer presidente de la Asamblea de Parlamentarios y, presidente del CGI. Dicho de otro modo: el político con mayor poder y mayor proyección mediática en las Islas.

La Constitución

Durante todo el año 1978 la clase política nacional negoció sin descanso la redacción de la futura Constitución, convocándose al referendo ciudadano para el 6 de diciembre. Aunque muchos partidos de ámbito regional como el PSA, el PSC o el PSM balear pedían insistentemente la abstención, se esperaba una amplia movilización, habida cuenta de la referencia del 80%, tanto en el anterior referéndum sobre la Reforma Política, como de las generales de 1977. Sin embargo ésta no fue tal alta, y con un 67% en toda España, y un 70% en Baleares, muchos analistas comenzaron a advertir sobre un cierto “pasotismo” – tal término hizo fortuna en esos años- hacia la cosa pública, y que podría interpretarse como un debilitamiento o falta de respaldo al nuevo régimen democrático.

Pero a pesar de la relativa baja participación, el referéndum fue un éxito para la reforma, y con apoyos cercanos al 88%, automáticamente Suárez disolvió las Cortes y convocó las segundas elecciones generales para el 1 de marzo y las primeras municipales para el 3 de abril, con el convencimiento de que, a pesar de las imparables y constantes disidencias en el seno de su partido, la UCD podría revalidar al menos su mayoría parlamentaria

Candidaturas y crisis internas en los partidos

El número de partidos presentados a las elecciones de 1979 en toda España bajó de 82 a 52, producto de las coaliciones, pactos y fusiones así como por el desánimo de los más pequeños al comprobar los efectos de la implacable desproporcionalidad del sistema electoral. Sin embargo, en Baleares volvieron a presentarse una considerable cantidad de candidaturas, subiendo incluso de 11 a 13.

Evidentemente los motivos de este incremento eran otros. De una lectura superficial podría deducirse una loable inquietud por participar ideológicamente en la democracia, pero atribuir “participación” e “ideología” a la mayoría de candidaturas es un exceso sin duda inconveniente. Aparte de los dos grandes, UCD y PSOE, solamente había otras tres formaciones que habían llegado al año 1979 con una actividad política superior a la mera existencia nominal: La Coalición Democrática, el PCE y los dos PSM (y que concurrían bajo el nombre de *Coalició Socialistas de Mallorca i Menorca*). Para el resto de partidos las elecciones no eran más que una mera oportunidad para alzar su voz más allá de sus escasos afiliados, y para formaciones como Coalición Unión Nacional, *Partit del Treball de les Illes*, Partido Comunista de los Trabajadores, Partido Carlista, *Moviment Comunista de les Illes*, Organización Revolucionaria de Trabajadores, Liga Comunista Revolucionaria o Unión para la Libertad de Expresión, la participación en las urnas era meramente testimonial.

Así, los cinco con opciones afrontaban estas segundas elecciones con el ánimo de mejorar los resultados de las anteriores, pero también de no repetir los errores derivados de las disputas internas, que sobre todo en los partidos medianos, son los que más pasan factura en forma de votos perdidos.

Sin embargo, se trata de un tema recurrente y al parecer, inevitable, pues a pesar de los intentos por disimular las tensiones y divisiones que acarrea toda campaña electoral, éstas fueron haciendo cada vez más patentes conforme se acercaba la fecha de los comicios. El PCIB por ejemplo no pudo erradicar el clásico enfrentamiento entre la ortodoxia marxista y los más moderados, que entonces empezaron a llamarse eurocomunistas. Consciente del riesgo de perder apoyos, el secretario general, José Valero, quiso zanjar la cuestión el 1 de febrero de 1979 declarando en rueda informativa a la prensa de Palma que “en el PCIB todos somos eurocomunistas”. Intento fallido, pues en los años siguientes el debate – lejos de apaciguarse -, iba a reproducirse muchas más veces y con más intensidad si cabe.

De igual forma, el PSOE, obligado a presentarse como el partido más cohesionado por su vocación de alternativa a la fragmentación de la UCD, también sufrió síntomas de división entre los que deseaban un partido más atado a la tradición socialista y los que querían una versión más autonomista al estilo del PSC, siendo incluso considerados como “nacionalistas” por los primeros. La impronta pseudo nacionalista que daban al PSOE balear Josep Moll y Joan March llevó al médico Manuel Mora, que provenía del PSP y que gozaba de gran prestigio social y político, a rechazar formar parte de la candidatura electoral porque, según declaraba al *Diario de Mallorca* el 4 de enero de 1978, “las tesis nacionalistas a ultranza” se estaban imponiendo contra su criterio. Quizá por esta misma razón, Félix Pons también se negó a participar otra vez en los comicios, aunque fue tanta la presión de la dirección nacional que finalmente terminó por volver a encabezar la lista Congreso junto al también veterano Emilio Alonso. Al Senado presentaron a Gregori Mir por Mallorca pero apoyaron a los independientes Tirso Pons (de la Candidatura Progresista Menorquina) e Isidoro Marí (de la Candidatura Progresista Independiente de Ibiza-Formentera).

En la UCD balear no hubo conflicto ideológico, pero se reprodujeron las luchas y tensiones que ya habían existido en la legislatura anterior por ocupar en las listas los lugares de segura elección. Paulino Buchens, que era alcalde de Palma desde 1976, aspiraba a presentarse como candidato pero después de muchas conspiraciones, peleas y discusiones, terminó por decidir, el 3 de enero de 1977 retirarse de la pugna, agotar su plazo de alcalde y dejar posteriormente la política. Ante el riesgo de escisión, intervino la dirección central de UCD imponiendo como candidato principal al Congreso a Iñigo Cavero, entonces Ministro de Cultura de Suárez. Su nombramiento fue un ejemplo de la mejor tradición cunera española, o sea, imponer desde la capital un candidato en una provincia en la que no reside por falta de sitio en la de origen, y desde luego no supuso ninguna alegría en las filas centristas. El *Diario de Mallorca* del 23 de enero de 1979 titulaba: “La presencia de Cavero no causa euforia en UCD”, mientras que La Vanguardia de Barcelona aseguraba “Esta elección ha suscitado no pocas críticas, en las que se considera al ministro como un

esporádico veraneante sin ningún contacto con las Islas”. La lista quedó completada con Miguel Durán, Santiago Rodríguez-Miranda y Francisco Gari Mir, excluyendo a Raimundo Clar que había sido cabeza de cartel en las anteriores elecciones. Jeroni Albertí no quiso apearse del Senado, acompañado esta vez por José Zaforteza Calvet, que a su vez había desplazando a Ramiro Pérez-Maura.

Una vez superada la tensión interna por la confección de la candidatura, UCD acariciaba de nuevo la victoria. En toda España y también en Baleares. Su dirigente nacional Fernando Álvarez Miranda decía, todo ufano él, el 17 de enero ante un grupo de periodistas que “UCD es caballo ganador y todo el mundo quiere apostar por él”.

Quien dejó de apostar en Baleares por los centristas fue el periodista Antonio Alemany, que esta vez se presentaba como candidato número uno por la Coalición Democrática. “Hemos de centrar el país”, decía el 8 de febrero a modo de declaración programática. Era una muestra del viraje que estaba intentando la coalición derechista tanto a través de su cambio de nombre cuanto por el fichaje de personajes como Alemany, cuyo supuesto tirón electoral le venía tanto por su capacidad dialéctica (*La Vanguardia* lo calificaba el 29 de enero como “el contrincante más temido por los ucedistas”) como por su paso por la dirección del *Diario de Mallorca* en años anteriores. La CD contaba además con Gabriel Cañellas y Abel Matutes como hombres fuertes, pero el primero había declinado su inclusión en las listas y Matutes había vuelto a apostar por el Senado, por lo que la lista al Congreso fue completada con personas de cierta relevancia social aunque menor perfil político tales como Román Piña, Antonio Enseñat y José María Juan de Setmenat, mientras que al Senado presentaron a Damián Barceló y José María Lapuente.

La campaña

La campaña electoral se iniciaba formalmente a las doce de la noche del 6 de febrero, pero desde el inicio del nuevo año la actividad electoral era ya un hecho. En el caso del PSOE, su líder nacional, Felipe González, aterrizó en Palma para participar en un mitin en tan temprana fecha como el 29 de enero. Al no estar abierta la campaña, no pudo pedir el voto pero aprovechó para criticar tanto como pudo a la UCD y a Suárez.

Podría pensarse, por actos como éste, que la ebullición preelectoral era semejante a la de 1977, pero no era así. A la sazón la prensa –tanto la nacional como la balear– empezó a recoger y comentar un diferencial negativo en cuanto a la activación electoral que se notaba en relación a dos años antes. De hecho, cuando se inició la campaña oficial, el 8 de febrero lamentaba el *Diario de Mallorca* “poca propaganda hay en el primer día de campaña (...) Ésta es más ordenada y pacífica que la del 15-J”.

El temor a una alta abstención tal y como había ocurrido en el referéndum era tan generalizado, que incluso la Conferencia Episcopal entró en liza asegurando en un comunicado que “el deber de votar es indiscutible”. Y no sólo se estaba refiriendo a una cierta desafección derivada de la inestabilidad política, sino al peligroso rechazo que podría interpretarse sobre el sistema democrático en sí, incapaz de afrontar los dos grandes azotes de España en ese momento: la grave crisis económica y el creciente terrorismo.

Respecto de la situación económica, el paro era el mayor conocido hasta la fecha, alrededor del 10%, con una escalada de precios totalmente descontrolada, por encima del 15%, y que unas semanas antes de las elecciones tenía al país en absoluta tensión. “Ola de huelgas en toda España”, titulaba el *Diario de Mallorca* el 24 de enero. Y respecto al terrorismo, la situación era límite. Sólo en los treinta y un días del mes de enero ETA se cobró la vida de catorce ciudadanos, a sumar a los 65 de todo el año 1978 y a los 86 que terminarían siendo asesinados en 1979. El gobierno, impotente, veía cómo cada funeral se convertía en acto político en su contra y contra la democracia. La tensión llegó a

tal punto que a finales de mes la prensa nacional publicó rumores de que altos mandos militares “podrían pedir” al monarca un aplazamiento de las elecciones dado que el clima era absolutamente crítico.

La grave situación del país y la esperada baja participación llevó a muchos analistas y medios de comunicación a dar por hecho que no habría cambios importantes de voto y por lo tanto que la UCD volvería a gobernar España. Tesis avalada además por todas las encuestas, por rudimentarias que todavía fueran. En Baleares la que publicaba *Diario de Mallorca* el 24 de febrero daba clara ventaja a la UCD, seguida de PSOE y con CD en tercera posición, aunque sólo obtendrían representación las dos primeras formaciones, y sin ninguna opción para el resto. En parecidos términos se expresaba un análisis de *La Vanguardia* que afirmaba que “En Baleares no parece que se aporte nada nuevo a la balanza de fuerzas que resultó del 15-J. Sin embargo, tras todo ello debe subrayarse el hecho de la escasa repercusión popular de los acontecimientos nacionales en las islas, patente ya en el elevado índice de abstenciones registrado en el referéndum”.

Esta relativa pasividad, que acabaría siendo una constante en el comportamiento político de los baleares, también quedaba reflejada en la escasa actividad de campaña, aunque los partidos cumplieron con el guión de los mítines -a razón de una quincena diaria, y preferido por la izquierda más que por la derecha -, anuncios pagados en prensa -método más usado preferentemente por la derecha -, y spots gratuitos en TVE, amén del tradicional pegado de carteles por las paredes de los edificios de pueblos y ciudades. En relación a esto último, un detalle novedoso fue el bando del Ayuntamiento de Palma por el que quedaban señalados aquellos lugares en que podían y no podían pegarse carteles electorales, evitando así el desastre de las elecciones anteriores en que muchas paredes, especialmente del centro, fueron empapeladas por miles de carteles que se mantuvieron durante meses, y en algún caso años, hasta que las inclemencias meteorológicas con ellos acabaron.

Tres temas políticos centraron la atención en Baleares durante la campaña. Uno, de carácter nacional: si la UCD iba a poder gobernar en solitario o en coalición, siendo precisamente en su acto central en las Islas cuando Adolfo Suárez, el 23 de febrero, intentaba distanciarse del debate sentenciando “somos los mejores (...), y por ello UCD gobernará en solitario”. Los otros dos grandes temas, de carácter más local, fueron los dos posibles pactos –al menos de eso hablaba la prensa y los partidos- para conseguir lo más rápidamente posible la autonomía la transferencia de la educación. Ambos tuvieron escasa trayectoria, tal y como informaba *Última Hora* el 20 de febrero bajo el titular “Los pactos sobre la autonomía y la educación en vía muerta”. Y tan muertos que estaban. El autonómico no llegó ni a intentarse, y en cuanto al educativo, treinta y tres años más tarde supuestamente lo siguen intentando.

En aquellos días apenas se hablaba de corrupción, pagos en negro o financiación ilegal de los partidos, pero emergió un asunto que terminó teniendo una cierta transcendencia, pues sacaba a debate el apoyo de algunos bancos, o cajas de ahorro, a determinadas opciones políticas. Según informaba el *Diario de Mallorca* el 7 de febrero, el diario *El País* había publicado días antes que Banca March prestó dinero, a fondo perdido, a la Coalición Democrática de Gabriel Cañellas cuyo candidato era Antonio Alemany, lo cual fue rápidamente negado por el propio banco. Curiosamente el *DM* era propiedad de la familia March, y el propio Alemany había sido su director hasta hacía pocos años. Recuerde el lector esta relación porque en el futuro político inmediato de Baleares iba a tener una importancia muy considerable, tanta como que fue determinante en cómo se pusieron en marcha las instituciones autonómicas isleñas en 1983.

Los resultados nacionales

El día de las elecciones se confirmaron los peores augurios sobre participación y en el conjunto nacional fue a votar únicamente el 68%, once puntos menos que

dos años antes y curiosamente lo mismo que en el referéndum. No sólo era menos, incluso, de lo esperado, sino que se daba alas a las interpretaciones sobre el creciente desinterés ciudadano, y sobre el castigo ante la ineficacia de la clase política por resolver los graves problemas de España. Pero la tesis, no por atractiva, es más cierta, y a ojos de hoy en día, podría simplemente interpretarse como que la participación se situó en valores que pueden considerarse normales para el caso español (alrededor del 70%), una vez se había cumplido con la obligación de participar masivamente en las elecciones inaugurales de sólo dos años antes.

Encualquier caso, debido a la menor participación, los apoyos absolutos recibidos por los partidos fueron significativamente menores que los obtenidos dos años antes -casi 30.000 electores dejaron de votar a la UCD, y unos 20.000 dejaron de votar al PSOE, así como unos 8.000 dejaron de votar a la Coalición Democrática-, pero los valores porcentuales registraron valores muy similares a las anteriores elecciones, lo que confirmaba la opinión preelectoral general de que habría escasos movimientos de voto. Así, en el recuento nacional, la UCD de Adolfo Suárez obtuvo un 35%, casi lo mismo que dos años antes, y el PSOE de Felipe González un 31%, dos puntos más, a pesar de que algunas encuestas como la del CIS le habían dado casi un empate. El PCE, con un 11%, quedó como tercera fuerza, nuevamente menos de lo esperado, mientras que la gran derrotada fue sin duda Coalición Democrática, que con la expectativa de llegar a ser la segunda fuerza, terminó bajando dos puntos quedando en el 6%, sin conseguir siquiera sobrepasar al PCE.

Los resultados en Baleares

En Baleares se presentaron 13 partidos, dos más que en 1977, aunque este aumento no ayudó a que subiera la participación ya que al igual que en el conjunto nacional, sufrió un decremento muy significativo del 81% al 67%, once puntos menos. Este descenso, que dejó nuevamente a Ibiza muy por debajo de las otras islas, hizo que todos los partidos perdieran votos, pero al igual que en

el resto de España, no supuso desviaciones importantes en términos porcentuales y pudo hablarse de unas elecciones de clara continuidad. Debe mencionarse sin embargo la excepción de la subida de siete puntos en el caso del PSOE, que con un 30%, vino a recoger las pequeñas pérdidas de otras formaciones izquierdistas, muy especialmente Socialistas de Mallorca y Menorca (PSM), que con un escasísimo 3%, perdió dos puntos en relación a lo obtenido por el PSI i el PSP en 1977, muy probablemente por la integración del PSP en el PSOE.

Resultados de las elecciones generales de 1979

	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Formentera	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Formentera
Censo electoral	452362	375075	38482	3628	2517					
Voto emitido	304032	250866	28533	2305	1582	67,2	66,9	74,2	63,5	62,9
Voto nulo	8279	6597	785	862	35	2,7	2,6	2,8	3,7	2,2
Voto en blanco	1136	908	109	117	2	0,4	0,4	0,4	0,5	0,1
TOTAL CANDIDATURAS	294617	243361	27639	2207	1545	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
UCD - UNION DE CENTRO DEMOCRATICO	147011	124286	12573	9514	638	49,9	51,1	45,5	43,1	41,3
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	88560	75596	7322	5027	615	30,1	31,1	26,5	22,8	39,8
CD - COALICION DEMOCRATICA	27423	18976	2575	5656	216	9,3	7,8	9,3	25,6	14,0
SMIM - SOCIALISTAS DE MALLORCA I MENORCA	9898	7539	2265	83	11	3,4	3,1	8,2	0,4	0,7
PCE - PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA	9795	7201	1592	969	33	3,3	3,0	5,8	4,4	2,1
UN - PARTIDO UNION NACIONAL	3199	2643	393	154	9	1,1	1,1	1,4	0,7	0,6
PTE-PARTIDO DEL TRABAJO DE ESPAÑA	1613	1015	450	146	2	0,6	0,4	1,6	0,7	0,1
PCT-PARTIDO COMUNISTA DE LOS	1590	1302	130	152	6	0,5	0,5	0,5	0,7	0,4
PCARL - PARTIDO CARLISTA	1280	1172	44	63	1	0,4	0,5	0,2	0,3	0,1
LCR - LIGA COMUNISTA REVOLUCIONARIA	1199	1108	31	60	0	0,4	0,5	0,1	0,3	0,0
MC-OIC-MOV. COMUNISTA-ORG..IZQDA	1177	947	157	69	4	0,4	0,4	0,6	0,3	0,3
ORT-ORG. REVOLUCIONARIA DE LOS	1067	923	53	85	6	0,4	0,4	0,2	0,4	0,4
ULE - UNION PARA LA LIBERTAD DE EXPRESION	805	653	54	94	4	0,3	0,3	0,2	0,4	0,3
Diputados electos: Íñigo Cavero, Miguel Durán, Santiago Rodríguez-Miranda y Francisco Gari Mir (UCD) y Félix Pons y Emilio Alonso por el PSOE										

Senadores electos			
Isla	Partido	senador	votos
Mallorca	UCD	JERONIMO ALBERTI PICORNELL	123.216
Mallorca	UCD	JOSE ZAFORTEZA CALVET	113.216
Mallorca	PSOE	GREGORIO MIR MAYOL	70.220
Menorca	CPM	TIRSO PONS PONS	11.745
Eivissa-Formentera	CD	ABEL MATUTES JUAN	10.265

Así, la UCD perdió sólo un punto y conservó un elevado 50% (15 puntos más que la media nacional), haciendo nuevamente evidente la enorme preponderancia de voto conservador y de centro derecha en las Islas con relación al registrado en todo el Estado. Esta fortaleza de la UCD, insensible a las tensiones internas para la confección de las listas y por lo tanto a que figuraran unos nombres en vez de otros, mantuvo a raya cualquier intento de Coalición Democrática por incrementar sus apoyos, viendo con desolación este último partido como repetía un 9% y se distanciaba casi veinte puntos del segundo. De igual manera, el PCE tuvo que asumir la bajada 5% al 4%, comprobando como todo intento por limarle al PSOE los votos más a su izquierda habían quedado incluso con saldo negativo.

La fragmentación ideológica derivada de estas elecciones sin embargo sí que presentó variaciones respecto de las anteriores elecciones a favor de la izquierda, pues mientras que en 1977 el centro derecha se hizo con el 66% de los votos, en éstas, la suma de UCD, CD y UN, no sumó más que el 60%, mientras que la izquierda, en relación inversa, aumentó del 34% al 40% (PSOE, PCE, SMM, PTI, PCT, MCI, ORT, LCR, ULE). La diferencia, sin ser elevada, se acortó de 32 a 20 puntos, lo que apuntaba hacia el cambio que se iba a producir cuatro años más tarde.

En cuanto a los partidos nacionalistas, éstos perdieron fuerza, pues sumando lo obtenido por la *Coalición Socialistes de Mallorca i Menorca* -considerando como nacionalista a *Unitat Socialista* de 1977 por la aportación supuestamente mayoritaria del PSI- a los resultados del *Partit del Treball* o el *Moviment Comunista* los apoyos no superaron el 5%, ante el casi 10% de las anteriores -sumando a US, UA y la UDIB-. Desde luego, dos comicios no sirven para establecer una tendencia, pero estos datos venían a confirmar, al menos de momento, que la sociedad balear quedaba desgajada de la tendencia nacionalista de otras regiones, como la catalana. Esta observación es

importante, o al menos relativamente importante, porque recuérdese que algunos de los aspectos esenciales de la política isleña, especialmente todo lo concerniente a la futura autonomía, bebía de lo que acontecía en el Principado. Sin embargo, cuando los ciudadanos isleños hablaban en urnas, este mimetismo se evaporaba.

La homogeneidad del voto fue elevada entre islas, conservando el orden de los cuatro primeros partidos en todas ellas exceptuando en Ibiza, donde la Coalición Democrática de Matutes fue la segunda por delante del PSOE y donde el Partido Comunista fue la cuarta ya que *Socialistes de Mallorca y Menorca* no obtuvieron ni cien votos.

Por municipios, la UCD volvió a ser el más votado en todos menos en Lluçmajor y Alaró, superando incluso el 70% de voto en los más pequeños como Bayalbufar, Vilafranca, Santa Eugenia, Deià, Valldemossa, Santa Margalida, Sant Joan, Fornalutx, Sineu, Petra, Llubí, Sant Llorenç y Escorca. El PSOE sólo fue el más votado en Alaró y Lluçmajor, pero superó el 35% también en otros municipios grandes como Palma y Calvià, además de Artà, Esporles, Puigpunyent y Formentera. El PSOE seguía por lo tanto afincado en municipios grandes o muy urbanizados, aunque había perdido en este listado a Inca, con un resultado por debajo del 30%. La Coalición Democrática triunfó en Sant Joan de Labritja, obteniendo resultados por encima del 20% en los cinco municipios de Ibiza pero en ninguno más, ni en Menorca ni en Mallorca. La coalición *Socialistes por Mallorca i Menorca* fue la segunda fuerza en Campanet con el 25% de los votos, teniendo también apoyos importantes en Es Castell, Algaida, Montuiri y Maó aunque en ningún caso superiores al 15%. Por último, el Partido Comunista sólo superó el 10% en Es Castell y Capdepera.

Esta geografía electoral, que seguía la estela de las anteriores elecciones en que el voto centrista estaba fijado en la zona rural y el voto de izquierdas en el urbano, no supuso en Baleares ninguna variación en la distribución de escaños.

De nuevo fueron 4 los asignados a la UCD y 2 al PSOE, y otra vez se ponía en evidencia la clara desproporcionalidad del sistema electoral español, al menos en su aplicación en el archipiélago, donde la UCD, con el 49% de votos, obtenía el 67% de escaños, mientras que el PSOE, con el 30%, obtenía el 33% de los escaños. Por otro lado no existió ninguna posibilidad de que el tercer partido – en este caso CD -, obtuviera representación, ya que en un sistema proporcional puro hubiera bastado el 6% para tener escaño, pero con el vigente le hubiera hecho falta un 12%: tres puntos por encima de lo conseguido.

Los diputados electos fueron por lo tanto Íñigo Cavero, Miguel Durán, Santiago Rodríguez-Miranda y Francisco Gari Mir por la UCD y Félix Pons y Emilio Alonso por el PSOE. En el Senado no hubo novedades en Mallorca, obteniendo acta Jeroni Albertí y José Zaforteza por la UCD, y Gregori Mir por el PSOE. En cambio en Menorca salió elegido el representante de la denominada Candidatura Progresista Menorquina encabezada por Tirso Pons y a la que había prestado su apoyo el PSOE, dejando a solo doscientos votos la de UCD encabezada por Francesc Tutzó. En Ibiza, sin ninguna sorpresa, ganaba la candidatura de Coalición Democrática encabezada nuevamente por Abel Matutes.

.....

En esta ocasión no hubo tiempo para resacas electorales. El gobierno Suárez había convocado también las primeras elecciones municipales y las primeras preautonómicas -en Baleares, a Consejos Insulares- para el 1 de abril, apenas un mes después. Ni que decir tiene que los partidos se aprestaron a seguir en campaña, y de hecho, casi todos mezclaron ya en febrero aspectos de la campaña a nivel nacional y a nivel local. Cinco días después de las elecciones, en plena resaca postelectoral, *Ultima Hora* titulaba: “los partidos se preparan para las elecciones del 1 de abril”.